

Ciudad y Utopía

Eligia Calderón Trejo.

Candidata a Doctora en Historia en la Universidad Central de Venezuela (UCV)

[eligiac@hotmail.com]

[eligiac@telcel.net.ve]

Resumen

Guiados, fundamentalmente, por el aporte de Tomás Moro releemos Utopía con la intención de extraer las ideas claves que nos permitan reflexionar sobre la ciudad. Utopía llena un vacío entre el paraíso perdido y la tierra prometida y, en este pensamiento oscilante, América aparece como una gran promesa donde se ubica la ciudad imaginada que supera la paradoja producción - creación; una experiencia ética pero también estética; en definitiva, una experiencia política donde el orden, lo bello, lo justo y lo útil son la misma cosa y causa de cohesión de un pueblo que aspira un bienestar colectivo.

Palabras clave: Utopía, ciudad, Tomás Moro, política.

City and Utopia

Abstract

Fundamentally guided by the contribution of Thomas More we re-read Utopia with the intention of extracting the key ideas that allow us to reflect on the city. His Utopia fills the gap between the lost paradise and the promised land and, in this reflexive thought process, America appears to be a great hope where the imagined city that will overcome the paradox of production-creation is to be found. It is an experience that is ethical but also aesthetic and finally a political, in which order, beauty, justice and utility are one and the same, and the cause of the cohesion of the people who aspire to a collective wellbeing.

Keywords: Utopia, city, Thomas More, politics

Eligia Calderón-Trejo. Arquitecta. Profesora Titular Facultad de Arquitectura y Arte. U.L.A. Investigadora. Centro de Estudios Históricos de Arquitectura "Alfonso Vanegas". Especialización en Restauración y Conservación del Patrimonio Arquitectónico y Urbano. Argentina. Magister Scientae en Ciencias Políticas. Centro de Estudios Políticos y Sociales de América Latina. Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas. Universidad de Los Andes. Ex Directora del Centro de Estudios Históricos de Arquitectura y de la Escuela de Arquitectura. ULA. Profesora Visitante MIT. USA 1993. Universidad de Syracuse. USA. 2002.

Ciudad y utopía

...en este momento nuestra tarea consiste en fundar un gobierno dichoso..., un Estado en el que la felicidad no sea patrimonio de un pequeño número de particulares, sino común a toda la sociedad.
(Platón: 1978: 117)

El pensamiento e imaginación de situaciones felices para los hombres dentro de su entorno comunitario, son propósitos persistentes en la historia del pensamiento. Ideas que entran al mundo occidental a través de Grecia, donde ubicamos la obra de Platón. En efecto, Platón piensa en un "... *Estado cuyo plan hemos trazado y que sólo existe en nuestro pensamiento porque no /creo/ que exista uno semejante sobre la tierra*" (Platón 1978: 338) Esta idea, por principio está asociada a la clásica noción de utopía, en tanto que hace referencia a un modelo mental donde se estructura un sistema social diferente al existente, más justo y más adecuado a las necesidades de los hombres. Igualmente puede decirse que en sus obras, Platón logra sintetizar, por vez primera, una visión de la ciudad como una totalidad política, económica y arquitectónica.

En *La República*, Platón ubica la ciudad en un pasado remoto, en una mítica Edad de Oro donde imperaba la felicidad, la abundancia y la justicia. La ciudad que se describe en *La República* es Calípolis o "ciudad hermosa". En ella, se estructuran tres clases sociales: pueblo, filósofos–gobernantes y guardianes. Las dos últimos grupos sociales configuran una reducida elite preparada y preocupada por el bien de la comunidad, mientras que el resto de la población, se dedicaba a las actividades productivas. En consecuencia, las ocupaciones por excelencia de la elite serían el estudio, la guerra y la gimnasia. El grueso de la población carecería de poder político pero llevaría una vida tranquila con acceso a la propiedad y al trabajo. Platón no cree en la alternancia de ocupaciones, pues estima que cada hombre debe atender una cosa dentro de la ciudad, aquella para lo que su naturaleza esté mejor preparada (Platón 1978: 158). En la descripción de la "ciudad hermosa" abundan los datos sobre la organización social e

institucional, no así información sobre el aspecto morfológico que dicho ordenamiento debió haber adquirido, a pesar de los intentos concreción por parte de Dionisio II, El Joven, en Siracusa.

Una segunda ciudad descrita por Platón en el *Critias* fue Atlántida, donde aparecen datos morfológicos más concretos que hacen referencia a una ciudad circular. La organización social, así como las regulaciones jurídicas y morales, se desdibujan en esta descripción por ser una ciudad para seres perfectos descendientes de Poseidón, sociedad mítica e ideal, antítesis de Atenas.

La vinculación entre utopía social y utopía urbana fue establecida por Platón en su última obra: *Las Leyes*. Aquí se puede decir, concibió un sueño realizable o, potencialmente realizable, en un lugar de la isla de Creta: "la ciudad de los magnetes", como la denomina, estaría habitada por tres clases sociales: hombres libres, servidores o esclavos y artesanos quienes, a través de un sistema moderno, estarían motivados hacia el trabajo evitando el abuso y la concentración excesiva de riquezas. Estas premisas, una vez consideradas, inducen a Platón a detenerse en el aspecto morfológico de una ciudad concéntrica y circular. La ciudad como una fortaleza y con aspecto de una sola casa son expresiones que fundamentan la forma de la totalidad urbana. En consecuencia, la tratadística contribuyó a prefigurar el organismo ciudadano como un hecho orgánico, planificado como instrumento defensivo según una racionalidad en la que cada una de las partes es organizada *a priori* y conectada a su vez con un todo. (Giorgio Muratore 1980: 81).

La ciudad adopta una división geométrica que irradia desde el centro, donde se ubica la ciudadela o recinto consagrado a Hestia, Zeus y Atenas, continúa con la ciudad propiamente dicha y termina, finalmente, con un borde exterior o extenso territorio cultivable que rodea la ciudad. La ciudad en sí tendrá el mismo aspecto de una sola casa. Esta noción es un planteamiento clásico retomado con gran fuerza en el renacimiento por tratadistas como

Alberti en su *De Re Aedificatoria*. (León Baptista Alberto 1580: 22). Y será prácticamente, una ciudad de doce aldeas, cada una con un templo y viviendas a su alrededor.

La utopía, dentro del mundo clásico concluye con *La Política* de Aristóteles quien, a pesar de no considerar pertinente detenerse en cuestiones formales, señala numerosas observaciones de carácter arquitectónico. Aristóteles se solidariza con el modelo regular de Hipodamo y nos presenta una combinación de la disposición irregular tradicional con el trazado regular de ciertas partes. Como imagen, la ciudad es amurallada, con torres, plaza de mercado, la plaza libre dedicada al ocio, zona para los magistrados, con templos, gimnasios, comedores comunes y diversos puestos de guardia.

A principios del siglo XVI, estas influencias, junto con algunas ideas contenidas en *La Ciudad de Dios* de San Agustín (Jean Servier. 1982: 41), se van a dejar sentir en Tomás Moro y específicamente, en su república de Utopía. Esta obra arranca del encuentro con un navegante portugués, al que habría de llamar Hitlodeo, que según lo señalado por Servier, es un nombre compuesto por dos raíces griegas y que significa "profesor de boberías". Hitlodeo, narrador de la Utopía, manifiesta haberse unido a Américo Vesputio en uno de sus viajes movido por el deseo de ver y conocer el mundo. En el cuarto viaje no regresa con Vesputio y, al parecer, vive la más extraordinaria experiencia de haber estado en los más raros y desconocidos pueblos, entre ellos, una isla que, aunque Moro no recuerde el nombre del mar donde se encuentra, va a tener en la mente de Moro, un sitio en el Nuevo Mundo.

Utopía, o "lugar en ninguna parte", deriva su nombre del Rey Utopo que, en consecuencia, es el rey de ninguna parte. La capital sería Amaurata, una ciudad desdibujada por las sombras, un espejismo. Esta ciudad estaría atravesada por un río, el Anhidro o río sin agua, sus habitantes, los alaopitanos o los ciudadanos sin ciudad, son gobernados por Ademo, el príncipe sin pueblo; sus vecinos, los acorianos, son los hombres sin país. Todo un peculiar

onomástico y toponimia de la nada, parecen revelar un cierto pesimismo de Tomás Moro en relación al Estado perfecto, difícil de encontrar en el mundo de los hombres.

Sin embargo, Moro trata de hacerle un lugar a este modelo mental. Así, geográficamente, nos describe Utopía como una isla con una anchura de doscientas millas en su parte media. Un perímetro de quinientas millas la configura como una luna nueva en la que penetra el mar que, según los datos extraídos de su representación, se estructura a modo de cordón de once millas de ancho, (Tomás Moro 1977:51), conformándose de esta manera, un círculo dentro de otro círculo con un círculo en el medio; sucesivos encajes que refuerzan la idea de centralidad como propia del espíritu de una época.

Físicamente, la isla estaría dividida en cincuenta y cuatro bellas ciudades cada una con cuatro barrios y todas con una misma lengua, costumbres, instituciones y leyes parecidas. Las ciudades estarían estructuradas de manera análoga a Amaurata, colocada en el centro de la isla y, por esta razón, sede del poder. El espacio urbano asume en forma global sus funciones significativas y metafóricas. De esta ciudad Moro nos dice:

...de planta casi cuadrada... las calles están dispuestas y construidas muy comfortable y bellamente tanto para el tráfico como para estar protegidas de los vientos. Las casas son de bella construcción y se extienden juntas al lado de la calle en una extensa fila a lo largo de toda la calle... (Tomás Moro 1977: 55-56).

Esta descripción, como imagen, pareciera prefigurar la fisonomía que obtendría la Inglaterra Industrial. Sin embargo, por el rol productivo que define para el país, trata de detenerse retrospectivamente y nostálgicamente en un sistema autárquico, pues señala que estas casas tendrán en su parte posterior "... en toda la longitud de la calle..., amplios huertos cuadrados..." (Tomás Moro 1977: 55-56), jardines donde se practican actividades de cultivo en forma comunitaria asentándose, en este hecho, el dominio de lo social. Lo producido de esta

manera, es colocado en casas también colectivas, donde se hacen las equitativas distribuciones por familias.

Los requerimientos espaciales relacionados con este tipo de producción tienen supremacía sobre cualquier otro, porque según lo establecido en Utopía, la agricultura es la ciencia común para hombres y mujeres, en la cual se instruyen desde la infancia. Se cultivan otros oficios como el arte de tejer la lana y el lino, o la albañilería etc., ocupaciones que en general, tienen una fuerte marca consuetudinaria. Sin embargo, se prevé la posibilidad de que el hombre, si así lo manifiesta, pueda cambiar de actividad amparándose para ello bajo la protección pedagógica de alguna familia que haya cultivado la ocupación por tradición.

Se establecen para todas las actividades productivas, jornadas de trabajo de seis horas. Del tiempo libre, dispone cada hombre con cierta libertad, pues una serie de actividades a realizar parecen también reglamentarlo: clases en la mañana muy temprano, a las que tienen que asistir obligatoriamente los elegidos y dedicados especialmente al saber; pero, igualmente, también puede asistir a estas clases el público deseoso de cultivarse en literatura, ciencias o artes. Las actividades propiamente recreativas son satisfechas después de cenar, en salas comunitarias donde, por espacio de una hora, se puede practicar un juego semejante al ajedrez o batalla de los números y una especie de combate entre vicios y virtudes. Igualmente se pueden ejercitar la música o la sana y honesta conversación. (Tomás Moro 1977: 60-61).

En este sentido, la Utopía de Moro, es un fuerte reproche a la extrema ociosidad en que vivían los ingleses nobles de su tiempo que, junto con una cantidad de vagabundos y mendigos, revelaban ya que la humanidad vive a costa de un pequeño número de trabajadores. Una jornada de trabajo obligatorio llevaría a reducir este enorme abuso. (Jean Servier. 1982: 45)

Los utopienses, gracias a una sabia educación, logran controlar sus apetencias y deseos superfluos. Todos visten igual dentro de una extrema sencillez y las pertinentes variaciones que

indican las diferencias entre el hombre y la mujer. Tienen comedores comunes, pueden tener movilidad en sus ocupaciones y el mercado les asegura las provisiones necesarias a todos los habitantes. (Tomás Moro 1977: 66). No conocen el deseo ni la codicia por acumular "cosas" y comerciar con ellas. El oro es considerado un metal vil y es utilizado para hacer los grilletes de los presos, las piedras preciosas sólo las usan los niños como adorno o como juguetes.

Y, como en todas las ordenaciones de los mortales, también en Utopía hay presos y esclavos que son los castigados por delitos odiosos, o bien aquellos a quienes en las ciudades de otras tierras son condenados a muerte por infracciones graves. Existe un tipo particular de esclavo que es una persona que en un país extraño vive miserablemente y pide que alguien de Utopía lo tome como esclavo, pero esta persona se trata correctamente, como otro ciudadano más. (Tomás Moro 1977: 91). Igualmente queda establecida la edad para casarse, dieciocho para la mujer y veinticuatro para el hombre, como mínimo. La familia como institución define una vida ordenada en función de la virtud de vivir de acuerdo con las prescripciones de la naturaleza (Tomás Moro 1977: 80), donde el adulterio no tiene cabida y por lo tanto es condenable.

En relación al cuerpo jurídico, Moro señala que en Utopía "*existen pocas leyes, pues para un pueblo instruido y organizado pocas leyes bastan*" (Tomás Moro 1977:96). En general, el sistema político es una especie de democracia patriarcal. Cada grupo de treinta familias elige cada año un magistrado –doscientos en total– de cuatro candidatos, presentados por los habitantes de los cuatros cantones de la isla. El príncipe es elegido de por vida pero puede ser depuesto si tiende a convertirse en tirano (Tomás Moro 1977: 58). El arte de la guerra, dentro de esta concepción política, sólo se justifica como táctica defensiva, siendo condenable todo intento belicoso de ataque, sobre todo, relacionado con la expansión territorial, ya que las ciudades descritas tienden, por principio, a mantenerse dentro de los límites territoriales preestablecidos.

Sin duda que Moro ya estaba vislumbrando un serie de problemas que empezarían a desencadenarse un poco más tarde. Esta condición de personalidad reflexiva es una ubicación

estratégica que no permite tomar su obra sólo como producto de la extrema fantasía. Sin duda que a primera vista, las utopías tienen en común el ser una especie de cuadros de algo que no existe. Cuadros– fantasías, como señala Buber, pero esta fantasía no divaga sino que se centra con firmeza alrededor de algo primordial y originario que esa fantasía tiene que elaborar. Ese algo primordial es un deseo, en consecuencia es una creación, una crítica de la realidad. (Martín Buber 1978: 17). Moro comienza con un excelente análisis de la situación inglesa, donde demuestra, efectivamente, la genial intuición de un hombre capaz de percibir el marco histórico que estaba viviendo: el nacimiento de nuevas formas económicas y sociales que lograrían transformar el mundo. Su visión es prácticamente la de un hombre colocado en un punto neurálgico de transición, desde donde trata de conciliar situaciones realmente contradictorias (feudalismo frente a capitalismo, universo antiguo frente a un nuevo mundo, mundo religioso frente a un mundo profano, emoción frente a la razón), de ahí que nos presentará un orden ideal y perfecto donde se armonizan muchas de estas contradicciones: lo antiguo y lo moderno, Europa y América, sociedad y economía, poder y la acción legitimadora del poder.

En un momento histórico, marcado por grandes transformaciones, Utopía, sin existir en ninguna parte, con su ciudad central velada y casi desdibujada, se impondrá con muchísima solidez.¹ Es, en efecto, una situación ideal que introduce el orden, reconcilia lo conocido con el mundo por venir a partir de un razonamiento claro que logra darle lógica y espacio a una economía y a una sociedad.

En definitiva, Moro en Utopía, le hace un lugar a una ciudad con todos sus códigos significantes. Un modelo para pensar, un modelo didáctico que, por encima de todo, debía producir felicidad.

Bibliografía

- Alberto, León Baptista, *Los Díez Libros de la Arquitectura* (versión facsimilar). Madrid: 1580.
- Bloom, Allan, *The Republic of Plato*. (Traslated, with notes an interpretive essay). New York-London: Basic Book INC. Publishers, 1968.
- Buber, Martín, *Caminos de Utopía*. México: Fondo de Cultura Económica, 1978.
- Mannheim, Karl, *Ideology and Utopia*. New York: Harcourt, Brace& World,Inc. 1936.
- Marin, Louis, *On Representation*, translated by Catherine Porter, Stanford: Stanford University Press, 1994
- Moro, Tomás, *Utopía*. (Traducción Joaquín Mallafré Gavaldá). Barcelona: Editorial Planeta, 1977.
- Muratore, Giorgio, *La Ciudad Renacentista* . Madrid: I.E.A.L, 1980.
- Platón, *La República*. Bogotá: Biblioteca Laurel, 1978.
- Ramírez, Juan Antonio, *Construcciones Ilusorias*.(Arquitecturas descritas, arquitecturas pintadas). Madrid: Alianza Editorial, 1983.
- , *Edificios y Sueños*. (Ensayos de Arquitectura y Utopía). Málaga: Universidad de Málaga. 1983.
- Rossi, Paolo, *Los filósofos y las máquinas. 1400-1700*. Barcelona: Editorial Labor. 1966.
- Rowe, Colin, *Manierismo y Arquitectura Moderna*. Barcelona: Gustavo Gili, 1978.
- Servier, Jean *La Utopía*, México: Fondo de Cultura Económica, 1982.
- Totomianz, V, *Historia de las Doctrinas Económicas y Sociales*. Barcelona: G. Gili, 1934.

Notas y bibliohemerografía

¹ En 1533–34, Rebelais publica *Gargantua y Pantagrue* donde describe la Abadía de Theleme, monasterio–palacio regido por el lema de "haz lo que quieras" que pone entredicho los fundamentos constructivos de las ciudades imaginarias. En 1552, F. Patrizzi publica la *Cittá Felice*, de estructura ortogonal y dividida en dos zonas, una servil y otra señorial. En 1585–90, L. Agostini da a conocer su *República Imaginaria* donde manifiesta también una preferencia por la malla ortogonal y por una

equilibrada organización social. Entre las visiones radioconcéntricas ocupa lugar relevante la ciudad de Francesco Doni, descrita en *Il Mondo Savio e Pazzo* (1552–53): una ciudad circular con cien puertas e igual número de calles que conducen al centro. Cada calle es gobernada por un sacerdote, el más anciano de los cien se ocupa del centro donde se ubica el templo. Una organización teocrática similar aparece en la *Ciudad del Sol* de Campanella (1602) donde la descripción arquitectónica es más detallada, mostrando un interés por el aspecto defensivo. El género utópico se continúa con la *Christianopolis* de Johann Andreade (1619) y la *Nueva Atlántida* de Bacon (1627). La inconclusa obra de Bacon es muy interesante por el énfasis en el desarrollo tecnológico que propicia nuevos descubrimientos. En el siglo XVIII, lo utópico comienza a verse con escepticismo, ironía y bromas relativas a ciudades y arquitecturas móviles que ya no ofrecen una visión orgánica de la ciudad. Hacia el s. XIX encontramos una aspiración a la reproducción de figuras despojadas de todo simbolismo que explican la producción estandarizada de totalidades urbanas. Véase: J.A. Ramírez, *Construcciones Ilusorias*. Madrid. Alianza Editorial. 1983 pp. 56–59, P. Rossi, *Los filósofos y las máquinas. 1400-1700*, Barcelona. Editorial Labor. 1966 pp. 99–150, V. Totomianz, *Historia de las Doctrinas Económicas y Sociales*. Barcelona, G. Gili. 1934. pp. 58–60 y Colin Rowe, "La Arquitectura de la Utopía" en: *Manierismo y Arquitectura Moderna*. Barcelona Gustavo Gili. 1978. pp. 197–207.